

pensamientos, una voluntad soberana inclinó sus ojos hacia la tierra, y el que se había llamado señor, fué esclavo de todos los hombres; y el que había sido tirano, fué ludibrio del pueblo; y el que se había apacentado con adoraciones, se apacentó con las hierbas de los campos; y el que se apellidó á sí propio el rey de las gentes, fué apellidado por las gentes el Bruto de Babilonia. ¡Terrible documento de la ira de Dios! ¡Ejemplo pavoroso de los estragos del orgullo en las generaciones humanas!

Hubo en los siglos medios un filósofo consumado en la ciencia escolástica, por nombre SIMÓN DE TOURNAY, el cual, como hubiese tropezado con un argumento que dejó silenciosos y mudos á los que combatían el misterio de la Santísima Trinidad, y esto con grande aplauso y admiración de su numeroso auditorio, fué acometido de repente de tal acceso de orgullo que, traspasando todos los términos de la templanza y de la decencia, exclamó como fuera de sí: "¡Oh Jesús, Jesús! ¡Cuánto me debes por haber sacado vencedora en esta discusión á tu ley! ¡Cuán fácil me hubiera sido dar al traste con ella, con incontrastables argumentos, si me hubiera pasado á los reales enemigos!" Acabadas de pronunciar estas espantables blasfemias; cambia de súbito de color y empalidece; su fisonomía se muda; su semblante se trastorna; pierde la memoria instantáneamente; se le obscurece la inteligencia; y los que habían quedado extáticos de admiración ante su elocuencia y su lógica sobrehumana, quedan mudos de espanto al contemplarle delante de sí caído de su altura, despojado de su gloria y condenado por el Cielo al más estúpido idiotismo.

Por lo dicho se ve claramente cuán cerca anda la ira de Dios del hombre orgulloso, y cuán grande é invencible es la repugnancia que hay entre la Religión cristiana, fuente de toda virtud, y el orgullo, origen de todo pecado.

Es doctrina asentada entre los doctores y maestros de la fe, y verdad puesta fuera de toda duda por la Iglesia, que no teniendo el hombre nada que no haya recibido, nada tiene

tampoco que pueda dar ocasión á su vanagloria y á su envanecimiento, si no es ya que se vanaglorie y se envanezca de ser el autor del mal, del pecado y del desorden. Si el hombre ve, otro le abre los ojos, y el que se los abre se los ha dado; si entiende, otro le despeja el entendimiento, y el que se le despeja se lo ha dado; si practica la virtud, otro le inspira el deseo de practicarla y se la pone delante, y el que se la pone delante y le inspira el deseo de practicarla ése se la ha dado. Dios es el autor de todo bien, así del que está en nosotros, como del que está fuera de nosotros. Dios habla por los profetas, resiste por los mártires, vence por los guerreros, enseña por los maestros, conquista por los conquistadores, edifica por sus santos. Testimonio insigne de esta verdad son sus Santas Escrituras, accesibles para los humildes, inaccesibles para los orgullosos; piedra de escándalo para los soberbios, pasto succulento y sabroso para los pobres de espíritu.

V

DEL LIBRE ALBEDRÍO Y DE LA GRACIA ANTES Y DESPUÉS
DEL PECADO

Al llegar aquí tocamos á las puertas de un gran misterio, á un mismo tiempo clarísimo y obscurísimo, y tan cercado de escollos que, á poco que la planta se resbale, va á dar con el entendimiento en un abismo profundo; porque, por una parte, la exageración del libre albedrío viene á ser la negación absoluta de aquella gracia misteriosa con que Dios nos solicita y atrae; y por otra, la exageración de la gracia viene á ser la negación de aquel libre albedrío con que movemos nuestra voluntad y determinamos nuestras acciones. Una y otra exageración han sido causa de graves altercados y de contiendas ruidosas, y de herejías lamentables, habiendo sido este altísimo negocio asunto de honda y constante meditación por parte

de los más graves doctores y de los ingenios más penetrantes y sutiles. Y aunque las cuestiones puramente teológicas, consideradas en sí mismas, son sobre nuestras fuerzas y ajenas de nuestro propósito, pero la grande luz que derraman sobre la naturaleza recóndita del hombre, principalísimo objeto de la historia, no nos permite, aunque lo intentáramos, guardar acerca de ellas un silencio absoluto. Persuadidos, sin embargo, á que en materias tan escabrosas debemos ser cuidadosamente sobrios, entraremos en esta cuestión muy de corrida, diciendo algo solamente, y sólo lo que baste, de lo mucho que sobre ella pudiera decirse, y penetrando en el recinto de este grave misterio con pasos temerosos y atentados.

Y ante todas cosas, nos parece que así los que á fuerza de exagerar la gracia niegan el libre albedrío, como los que á fuerza de ensanchar los límites del libre albedrío niegan la gracia, no sólo destruyen lo que niegan, sino también lo que afirman; siendo tal la fuerza y la índole de este argumento que, una vez demostrado, habrá de seguirse de él la consecuencia rigurosa de que es forzoso elegir entre la afirmación simultánea del libre albedrío y de la gracia, y la simultánea negación de la gracia y del libre albedrío. Puesta la cuestión en este punto de vista, la elección no puede ser dudosa si se atiende á que son muchos los que aceptan simultáneamente las dos afirmaciones, pocos los que aceptan una y niegan otra, y á que no hay ninguno que acepte como suyas las dos negaciones simultáneas; cosa, sin embargo, que, si nuestro argumento procede, sería necesaria de todo punto para que una de las dos negaciones fuese valedera.

Y en primer lugar, cuando afirmáis la gracia y negáis el libre albedrío, negáis también la gracia virtualmente; porque sin el libre albedrío, ¿cuál sería el objeto, cuál la razón de existencia de la gracia? Si el hombre no es ni responsable ni libre, no podéis abstraerle, sin una inconsecuencia monstruosa, de la jurisdicción de aquellas leyes inflexibles á que la creación física vive sujeta; si el hombre no es libre, luego al punto cae

por su propia gravitación en el círculo inmenso de las causas permanentes y de los efectos inevitables. Si cae en ese círculo, debajo de la jurisdicción de esas leyes, ¿cómo se concibe la gracia? Si el hombre es, desde un punto de vista, un efecto inevitable de causas permanentes, y desde otro punto de vista una causa permanente de efectos inevitables, la gracia no puede ser un movimiento actual y variable de la voluntad divina, sino una ley inflexible puesta por Dios desde el principio del mundo como la causa permanente de las acciones del hombre; y en ese caso, ¿en qué se diferencia la gracia de las otras leyes físicas que rigen desde el principio todas las cosas corpóreas? ¿Y quién no ve que, despojar á la gracia de aquello que la distingue de las leyes físicas, viene á ser aniquilarla, como quiera que, si no tiene nada en sí que la distinga de esas leyes, no puede ser otra cosa sino una ley física del mundo? Y si, por una parte, la gracia no es un fenómeno del orden físico, y por otra el hombre no es un agente responsable y libre, ¿por qué razón la ley que ordena los movimientos del hombre lleva una denominación distinta de aquel'la otra por la cual se ordenan los movimientos de las bestias? Si son una misma cosa, ¿por qué razón llevan distintas denominaciones? Y si no son una misma cosa, ¿en qué se diferencian? ¿Se diferencian entre sí por su naturaleza intrínseca? ¿Cómo se diferenciarían entre sí por su naturaleza intrínseca, siendo una y otra eternas, invariables é inflexibles? ¿Se diferenciarían entre sí por su manera de acción? ¿Cómo se diferenciarían en su manera de obrar obrando ambas irresistiblemente? ¿Se diferenciarían entre sí por los objetos á que se aplican? ¿Cómo se diferenciarían entre sí por razón de su objeto, obrando ambas sobre objetos incapaces de libertad, de responsabilidad y de resistencia? Y si, conservando á la gracia su índole propia se afirmase de ella que es un fenómeno del orden moral, y por lo mismo diferente de aquellas leyes por las que se rigen las bestias; siendo, como lo es, esta afirmación verdadera, no serviría para otra cosa sino para hacer más patente el absurdo de la negación

del libre albedrío del hombre; porque si, por una parte, se pone á la gracia fuera del orden físico, y por otra al hombre fuera del orden moral, ó se ha de conceder que la gracia no ha sido hecha para el hombre, ni el hombre para la gracia, ó se ha de caer forzosamente en la implicación de términos. Luego afirmar explícitamente la gracia divina es afirmar implícitamente el libre albedrío del hombre, y negar explícitamente el libre albedrío del hombre, es negar implícitamente la gracia divina, como quiera que el libre albedrío es el supuesto de la gracia.

En segundo lugar, cuando afirmáis el libre albedrío y negáis la gracia, negáis también virtualmente el libre albedrío del hombre. En efecto: negada la gracia, que no es otra cosa sino la sollicitación divina cuando obra en la voluntad humana, ó habéis de suponer en la voluntad del hombre otra sollicitación que no venga de lo alto, ó habéis de afirmar que la voluntad humana se determina á la acción y se mueve sin sollicitación ninguna; en uno y en otro caso dais al traste necesariamente con aquello mismo que afirmáis, haciendo de todo punto imposible el libre albedrío del hombre.

En la primera suposición, siendo Dios el autor de todo bien, y no habiendo ninguno que esté fuera de Dios; cuando afirmáis sollicitaciones que todas ellas vienen á la voluntad del hombre de otra parte que de la voluntad divina, vuestra afirmación se reduce, por una parte, á suprimir de todo punto lo que nos sollicita á lo bueno; y por otra, á no afirmar sino sollicitaciones que todas nos inclinan á lo malo; de donde se sigue: lo primero, que no habiendo sollicitación sino en sentido del mal, el libre albedrío, tal como ha sido dado al hombre, es decir, con la imperfección, que consiste en la facultad de escoger entre el mal y el bien, es radicalmente imposible; lo segundo, que no estando neutralizada la sollicitación hacia el mal por la sollicitación hacia el bien, el mal lo domina todo con una dominación necesaria; y lo tercero, que habiendo de ser el bien vencido forzosamente, y no pudiendo serlo Dios, Dios

no es el bien; de donde se sigue que os ponéis entre dos blasfemias y entre dos absurdos, como quiera que tenéis que caer en el absurdo y la blasfemia de confesar un Dios vencido, ó en la blasfemia y en el absurdo de afirmar que Dios existe, pero que es el diablo porque es el mal.

En la segunda suposición, el libre albedrío del hombre es más imposible todavía; lo cual se verá claro si se considera que, suprimidas de una vez todas las sollicitaciones, así las que nos inclinan al bien como las que nos inclinan al mal así las que vienen de Dios como las que vienen de otra parte, toda determinación de la voluntad es inconcebible y absurda. En primer lugar, esa supresión no podría verificarse sin el aniquilamiento preliminar de todo lo que nos rodea; ó sin el aniquilamiento de los sentidos, por donde se comunican con el alma las sollicitaciones que los cuerpos exteriores nos envían; en segundo lugar, sería necesario suprimir el entendimiento, como quiera que estamos sollicitados por él continuamente. Y cuando después de haber aniquilado al mundo, y nuestro entendimiento y nuestros sentidos, fuéramos á palpar á esa esfinge con libertad sin entendimiento, y con existencia física sin sentidos, todavía se nos resbalaría de las manos como una sombra impalpable; porque, suponer libertad sin sollicitación que la mueva, es suponer movimiento sin motor, acción sin agente, determinación sin motivo determinante, efecto sin causa, lo cual es radical y soberanamente absurdo. Luego afirmar el libre albedrío y negar la gracia es afirmar lo que no puede existir sin lo que se niega, y negar lo que forzosamente existe si existe lo que se afirma. Luego el libre albedrío y la gracia son términos necesarios de una misma proposición, de la cual nada puede afirmarse ó negarse que no se niegue ó se afirme de los términos que en ella se juntan de una manera indisoluble.

Síguese de todo lo dicho que aquellos que estarían dispuestos á afirmar el libre albedrío si no les saliera al encuentro como un obstáculo la gracia, y aquellos otros que afirmarían la gracia si no se interpusiera el libre albedrío entre su afirmación y

su entendimiento, proceden al revés en su discurso, y caen en contradicción manifiesta dando á lo indisoluble los atributos de lo inconciliable, y poniendo una contradicción entre dos términos reductibles entre sí hasta el punto de significar ambos una cosa misma ¹.

Por lo que hace á aquellos otros que, negando á un tiempo mismo la gracia y el libre albedrío, niegan á Dios y niegan al hombre, no hay para qué ocuparnos de ellos aquí, escribiéndose esta obra, como se escribe, para los que no han perdido toda noticia de aquel altísimo Señor que con su infinito poder crió á todas las criaturas, y que con su providencia infinita gobierna todas las cosas humanas.

Puesto siempre el hombre en medio de la corriente de diversas sollicitaciones, es libre siempre; pero puede serlo en diversos grados y en diversa forma. En el estado de gracia santificante, era el hombre libre con una libertad perfecta: porque la perfección de la libertad está, por una parte, en la potestad soberana de escoger, y por otra, en la potestad soberana de ejecutar: de manera que, cuando prefiero el bien y hago el bien que prefiero, soy completamente libre; siendo necesario advertir aquí, para la inteligencia de la doctrina que vamos asentando, que en toda operación completa de la voluntad hay dos diferentes especies de batallas que no deben confundirse; puede batallar el hombre, y batalla siempre, para escoger entre diversas sollicitaciones, y en este combate consiste radicalmente su libertad; y si después de haber batallado para elegir, y después de haber elegido, ejecuta, sin más batalla ni combate, el acto de su elección, el hombre es perfectamente libre; pero si sucede al revés, es decir, si después de haber batallado para escoger, y después de haber escogido, siente levantarse dentro de sí fuerzas desordenadas, tumultuosas y rebeldes, que se interponen entre su acción de escoger y la que va á completarla ejecutando lo escogido, entonces el hombre, sin dejar de ser libre hasta

¹ Por cuanto cada uno de ellos connota al otro, según la exposición del marqués de Valdegamas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

cierto punto, porque tuvo la facultad de escoger, no teniendo al mismo tiempo la de ejecutar, no puede decirse perfectamente libre, porque no es absolutamente soberano.

Aplicando estos principios al caso presente, se ve clara la diferencia que hay entre el libre albedrío del hombre en su estado de inocencia, y su libre albedrío después del pecado. En el primero de estos estados, conocedor el hombre del bien y del mal moral, aunque no del bien y del mal físico, pudiendo escoger el mal, escogía el bien ayudado de la gracia, y en este escogimiento consistía á un tiempo mismo su libertad y su combate; pero, una vez escogido el bien, su voluntad le ejecutaba sin resistencia y sin obstáculos. Porque combatía para escoger, era libre; y porque no combatía para ejecutar lo escogido, lo era de una manera perfecta, es decir, de una manera soberana.

Cuando, caído el hombre en la tentación, perdió con su inocencia la plenitud de la gracia, luego al punto sintió alterarse profunda y radicalmente aquella omnímota soberanía que había ejercido sin resistencia sobre sí propio y sobre todas las cosas creadas.

Levantado su espíritu contra Dios, su carne se levantó contra su espíritu.

Soberana la carne de su espíritu, fué esclava de la muerte. La muerte fué señora del hombre.

Antes del pecado, el espíritu y la carne, el hombre y la naturaleza eran unos en Dios: desunido el espíritu de Dios, se desunieron del espíritu todas estas cosas: desunidas, se hicieron independientes: siendo independientes, el espíritu dejó de ser soberano: dejando de ser soberano, dejó de ser obedecido: dejando de ser obedecido de todas las cosas, y no queriendo obedecer á ninguna, cayó en un estado de guerra permanente:

- Guerra con Dios para substraerse de sus iras.
- Guerra con sus pasiones para ponerlas un freno.
- Guerra con la carne para substraerse á sus antojos.

- Guerra con los animales para sujetarlos á su yugo.
- Guerra con la naturaleza para ponerla á su servicio.
- Guerra con la muerte para no caer en su mano.

Esta alteración profunda en su soberanía llevó necesariamente consigo otra análoga en su libertad. No perdió su libre albedrío del todo, como quiera que conservó la potestad de escoger entre las inspiraciones diabólicas y las inspiraciones divinas: pero su libertad dejó de ser perfecta en el instante mismo en que su voluntad dejó de ser de todo punto soberana, y esto por una razón muy sencilla: porque no le bastaba ya, como en su estado de inocencia, escoger el bien para hacerle, sino que, por el contrario, se le amenguó de súbito su potestad de ejecutar lo escogido, viendo levantada contra la ley de su espíritu la ley de su carne: siendo permisión divina que el que quiso vivir suelto de toda ley viviese sujeto á dos, y ésas contrarias, y que aquel que tuvo en poco obedecer á su Dios fuese esclavo de sus pasiones.

Salió el hombre sano de las manos de Dios, si bien con la facultad de enfermar y de perderse por el mal uso de su albedrío: salió enfermo de las manos del pecado, si bien con la facultad de recobrar la salud ayudado de la gracia: fué libre, así antes como después de su culpa, si bien con esta diferencia; que después de su delito su libertad enfermó, así como había enfermado su alma; mientras que antes de su prevaricación fué sana y perfecta, así como su espíritu era perfecto y sano. La ayuda de Dios en su estado de inocencia fué habitual¹, en su estado de culpa intermitente: y como quiera que la gracia divina es una condición necesaria de la libertad humana, síguese de aquí que el hombre, en el estado de inocencia, fué habitual, y en el de culpa intermitentemente libre.

¹ El texto de la edición de Tejado dice: "La ayuda de Dios en su estado de inocencia, fué habitual en su estado de culpa intermitente.," pero seguramente debió de ser esto error material, pues implica contradicción ser habitual é intermitente á la vez. Ha sido preciso restituir el verdadero sentido variando el lugar de la coma. Por lo demás, como en todo este tratado, échanse aquí de menos la precisión y exactitud filosófico-teológica.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Dos, pues, fueron las causas del amenguamiento de la libertad en el hombre: su rebeldía contra la ley de Dios, por la cual quedó sujeto á dos leyes contrarias, la de su espíritu y la de su carne, y la pérdida de aquella gracia perfecta que le había otorgado Dios antes de su rebeldía.

La intermitencia de la gracia amenguó su potestad de escoger.

La rebelión de la carne le cercenó la potestad de ejecutar.

Con su inocencia coexistió la gracia santificante: con la gracia santificante una libertad perfecta: con su culpa coexistió la gracia intermitente: con la intermitencia de la gracia, una libertad imperfectísima.

Flaco en su voluntad y pobre en su entendimiento, el hombre, que en su estado de inocencia cuasi tocaba con su alteza con aquellos soberanos espíritus que viven en Dios, por Dios, y para Dios en sus celestiales moradas, perdió instantáneamente, después de su prevaricación, aquella unidad y orden y concierto y hermosura que en él resplandecían; y astro eclipsado, y ángel obscurecido, cayó en aquel estado ilógico en que le vemos hoy, compuesto lamentable de absurdas contradicciones; lleno de pequeñez y de grandeza, capaz de remontarse con alas sublimes hasta Dios, y de abatirse bajo el peso de sus groseros instintos á todas las vilezas de la carne; iluminado ahora con divinos resplandores, y obscurecido el rostro después con sombras de muerte; con su pensamiento en la tierra, y un pie en el abismo y otro en el cielo; rey cuando obedece, esclavo cuando manda, oscilando con perpetua oscilación entre el bien y el mal, entre su Dios que le solicita y el demonio que le tienta, entre la humildad sencilla y el orgullo rebelde, entre lo temporal y lo eterno; capaz de serlo todo siempre, é ignorante siempre de lo que será, de tal manera que no sabe si hoy será un guerrero, mañana un filósofo, primero un anacoreta, después un bandido, ahora parricida, luego santo, en la hora que pasa un gran repúblico, en la que va á pasar un rebelde, en la que viene después un traidor, á la

mañana juez, al medio día verdugo, mártir á la tarde, víctima á la noche; si ocupará una celda, un patíbulo ó un trono; si los impetuosos vientos que le llevan, le llevarán al Septentrión ó al Mediodía, adonde nace la aurora ó adonde se oculta el sol; si tendrá la vida de los patriarcas ó la de la flor de los campos; si un mal pensamiento en su último minuto vendrá á esterilizar su vida penitente, ó si una aspiración inmensa de caridad y de amor vendrá en sus postrimerías á pasar la esponja de la gracia sobre su vida pecadora.

El hombre no sabe quién es el justo y quién es el réprobo. Pues qué, ¿no fué réprobo un ángel y justo un ladrón? El hombre no sabe en qué consiste la gloria y en qué está la ignominia. Pues qué, ¿el hijo de Dios hecho hombre no puso la ignominia en la Sinagoga y la gloria en un cadalso? ¿Qué era la Magdalena á los ojos de Dios, y qué fué á los de las gentes? ¿Dónde está la prudencia, y dónde la locura? El mundo se tuvo por prudente, y á los seguidores de Cristo llamó locos. ¿Dónde está la sabiduría, y dónde la vanidad? El mundo vano llamó sabiduría á sus vanidades, y el Rey sapientísimo llamó vanidad á la sabiduría. ¿En qué consiste la fortuna, y en qué la desgracia, desde que la prosperidad es amiga de la soberbia, y la resignación santificante compañera de las tribulaciones?

¡Oh, y cuán otro es el hombre, y cuán mudado de aquel que puso Dios en un jardín de deleites, vestido de inocencia, coronado con la resplandeciente corona de la gracia, puesto su entendimiento en el entendimiento divino, su voluntad en la voluntad soberana, su espíritu en aquel espíritu puro, obedientes sus carnes, arrendadas sus pasiones, señor de tan vastos dominios que era rey de los continentes, rey de los mares, rey de las islas y rey de las criaturas!

¿Y quién será tan ciego ó tan loco que, buscando la causa de lo que es ¹, la encuentre en Dios, y que, indagando la razón de lo que fué, la halle en el hombre?

¹ Parece que quiere el autor decir: "No la encuentre en Dios."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

VI

DE LA CARIDAD

El Catolicismo, escarnecido y vilipendiado hoy por no sé qué sectarios oscuros y feroces en nombre de los hambrientos, es la religión de los que padecen hambre. El Catolicismo, combatido hoy en nombre de los proletarios, es la religión de los pobres y los menesterosos. El Catolicismo, combatido en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, es la religión de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana. El Catolicismo, combatido en nombre de no sé cuál religión misericordiosa y amante, es la religión del perfecto amor y de las sublimes misericordias.

Por eso, en aquella maravillosa visión que tuvo Moisés en el Monte, como el SEÑOR bajase á él en un trono de nubes, entre las grandes perfecciones divinas que allí le fueron descubiertas, ninguna vió mayor que su misericordia, y exclamó extático diciendo: *Dominator Domine Deus, misericors et clemens, patiens et multae miserationis, ac verax, qui custodis misericordiam in millia: qui aufers iniquitatem, et scelera atque peccata.* (Exod., cap. xxxiv.)

Por eso el Espíritu Santo dice en el capítulo xix de los Proverbios: *Foeneratur Domino qui miseretur pauperis: et vicissitudinem suam reddet ei;* y en el capítulo xxii: *Qui accipit mutuum, servus est foenerantis;* por cuyas palabras el mismo Dios se declara como cautivo del hombre misericordioso.

Por eso en el Salmo xvii se llama Dios por David, *Padre de huérfanos y juez de viudas.*

Por eso en sólo el capítulo xxiv del Deuteronomio hallamos siete veces encomendado el cuidado de las viudas, de los huérfanos y de los extranjeros.

La lengua no alcanza á pronunciar, ni la pluma á describir, ni un volumen á contener las promesas hechas por Dios á los